



El Mercado de San Miguel

Isabel Núñez López

No sabría decir las veces que había pasado por delante del mercado de San Miguel a lo largo de su vida, pero lo cierto es que en la mayoría de las ocasiones no llamó mucho su atención.

Claudia llevaba viviendo en el mismo lugar desde que tenía memoria, en una casa heredada de sus padres, y que antes fuera de sus abuelos. Grande, con la amplitud que ya sólo conservan los pisos antiguos, estaba situada en una calle tranquila pese a estar en pleno

centro de Madrid. Sin duda alguna le gustaba, no porque hubiera sido su hogar desde que nació, sino sobre todo por su cercanía a la Plaza Mayor, porque las calles del Madrid antiguo apaciguaban sus ánimos. Desde su divorcio, consideraba que un día no había sido bueno si no lo terminaba dando un pequeño paseo desde la estación de metro de Sol hasta su casa, en la Plaza del Conde de Barajas.

Su marido nunca apreció aquella casa, ni su ubicación, ni mucho menos paseaba por los alrededores. Desde el mismo día que se casaron había tratado de convencerla para que vendiera

el piso, para mudarse a las afueras, a una urbanización con piscina y jardín privado, situada en un lugar que les obligaría a desplazarse en coche a cualquier sitio. Lo cierto es que Claudia no recordaba cuáles eran sus argumentos, porque nunca le prestaba atención cuando sacaba el tema, pero sí que vinieron con claridad a su mente todas las veces que insistió en la venta cuando en pleno proceso de divorcio puso como condición quedarse él con el piso.

Los meses que siguieron a la decisión de divorciarse, en principio de mutuo acuerdo, fueron agotadores. Luchó tanto para no salir perjudicada en lo material, que lo perdió todo en lo espiritual. Para cuando todo hubo acabado, se había convertido en una autómatas. Dentro de su autoimpuesta rutina, una vez a la semana iba a la compra. De su marido había heredado, casi sin darse cuenta, la costumbre de comprar en uno de esos grandes hipermercados que hay en las afueras de las ciudades; aunque lo cierto es que a Claudia, como a la mayoría de los miembros de su generación, le gustaban los asépticos pasillos de los supermercados, donde cogía los productos sin hablar con nadie, ni esperar, ni preguntar y donde, para gran alivio suyo en aquellos momentos, la cajera no la miraba a los ojos. Tal vez por eso continuó sin reparar en el Mercado de San Miguel, ni siquiera cuando lo comenzaron a rehabilitar.

El de San Miguel era un mercado más antiguo que la mayoría, con una estructura de hierro y una singular arquitectura interior que ya apenas se distinguía entre la suciedad depositada por el paso de los años y el desuso ocasionado por un sinnúmero de puestos cerrados. Ya casi nadie iba al mercado en el centro de Madrid.

Entró un buen día por casualidad, no se podría decir otra cosa. Hacía frío, y el calor que desprendían las puertas al abrirse le invitó a entrar. Dio unos pasos y un par de empujones hicieron que levantara la vista del suelo; “pero ¿esto no lo iban a derribar para hacer un aparcamiento?”, fue lo primero que vino a su mente. Lo segundo, una bofetada de olores y colores contra

sus maltrechos sentidos. Miró a su alrededor, habían restaurado todo, las columnas, el techo de hierro, los puestos de madera, el suelo...; únicamente variaba que en el centro habían dejado espacio a mesitas altas, como las de los bares de tapas.

Había entrado por uno de los laterales, aquel por el que siempre pasaba de camino a casa, y lo primero con que se toparon sus ojos fue con un precioso puesto de flores. Sus sentidos, insensibles tras meses de autoimpuesta anestesia, se abrieron de repente ante el curioso espectáculo que suponían todas aquellas flores junto a una charcutería. Avanzó por el pasillo abriéndose paso a duras penas entre la gente. Se detuvo al pasar por delante de un puesto de encurtidos, como los de su infancia, hacía tiempo que no veía uno, en las grandes superficies esos productos siempre vienen dentro de asépticas bolsas de plástico que acaban impregnando su sabor al contenido; pero Claudia en ese momento aún no lo sabía. Compró una banderilla. El sabor ácido de las aceitunas, los pimientos y el pepinillo, un sabor tan intenso como el de hace años, hizo que se sintiera bien por primera vez en mucho tiempo.

Todo era igual y diferente a la vez, los ladrillos del techo, semiocultos tras el entramado de hierro que conformaban las vigas, estaban nuevos, relucientes, al igual que la madera que recubría los nombres de los puestos. Debajo de cada nombre había un pequeño círculo azul índigo con un número en blanco, le gustó ese detalle. Sonrió al recordar todas aquellas veces en las que había acompañado a su madre a la compra en aquel mismo lugar.

Sintió sed, y vio que en el puesto de encurtidos vendían vermú de grifo, como el que servían en los bares a los que su abuelo la llevaba a tomar el aperitivo de niña. Pidió uno.

—¿Lo quiere con sifón o sin sifón?

—Por Dios; con sifón —respondió ella. “Que se note que soy de Madrid”, pensó.

Con el vaso en la mano se dirigió a un punto especialmente concurrido. Tanta gente había lla-

mado su atención, pero resultó que se arremolinaba frente a ¡un puesto de bacalao! y ella que pensaba que ya nadie compraba bacalao en estos tiempos. Sin saber cómo, se descubrió sonriendo al contemplar la multitud de canapés que ofrecían, de brandada, de ajoarriero, de escabeche... “Desde luego este no es un lugar para mantener la línea”. Antes de que pudiera darse cuenta, llevaba una bandejita con un surtido variado de canapés que se fue comiendo mientras continuaba la inspección.

Al final de aquel mismo pasillo descubrió una frutería. Cerró los ojos y aspiró fuertemente el aroma que desprende la fruta que no viene envasada en una bandeja de plástico. Los abrió al notar que el dulce olor de las naranjas se unía con un desconcertante aroma a pescado, así su mirada fue a reparar en un singular puesto de sushi; “¡sushi!” Sin duda alguna, aquel ya no era el mercado de su infancia.

Junto al sushi vendían consomé caliente, estaba tan absorta que no se había percatado del frío reinante, que ni siquiera unas estufas como las de las terrazas de los cafés conseguían apaciguar. Claro que, a la vista de la multitud de personas que había allí, Claudia no era la única ajena a las inclemencias del tiempo. Ese pensamiento hizo que se fijara más en la gente, todo el mundo tenía un canapé y una copa de vino en la mano, definitivamente ella no podía ser menos.

Buscando dónde comprar vino, pasó por delante de un puesto de ostras. Se quedó un rato abstraída viendo cómo las abrían una tras otra, sin parar. Pero debía concentrarse en su objetivo, el vino. No era tarea fácil, a su alrededor no paraba de pasar gente con cazuelitas de croquetas, albóndigas humeantes, pulpo, minitorras del Casar, cigalas, bandejas con jamón y lomo...; de hecho vislumbraba al otro lado del mercado un puesto rebosante de jamones colgados, “eso iría perfecto con su ansiado vino, ¡el vino!” Se detuvo al darse cuenta de que estaba deambulando sin rumbo fijo, babeando tras toda la comida que veía.

Los aromas se mezclaban con el ambiente, tanto que se tuvo que tapar la nariz al pasar por delante de un puesto de quesos. Su penetrante aroma la pilló desprevenida. Pero lo mejor estaba por llegar, en una esquina, junto a dos bares que más parecían cafeterías, se escondía el paraíso de los golosos. Primero una pastelería austriaca. En las vitrinas se exponían trozos de mil tartas diferentes, de chocolate, de arándanos, de naranja, de limón... Claudia se paró en seco, como si fuera una niña pequeña que con la vista trata de engullir todo aquello que no le permitiría su estómago. En aquel momento estaban sacando del horno un magnífico Apfels-trudel. Se prometió a sí misma que más tarde volvería por un pedazo; es más, descubrió que al vivir tan cerca podía comprarlo siempre que quisiera. Ese pensamiento causó que se sintiera muy feliz.

Continuó la expedición, y por fin llegó a un puesto de vinos; escogió uno al azar. Dio un sorbo y se sintió realmente mejor, como si el calor del alcohol bajando por su esófago fuera a la vez alentando su buen humor. Miró el reloj de pasada, eran las 11 de la noche, hasta ese momento no tuvo conciencia de la hora. Preguntó al hombre que despachaba los vinos y muy sorprendida descubrió que cerraban de madrugada; así se dio cuenta de que la gente lo que estaba haciendo era cenar de pie. Dio otro sorbo al vino y se sentó a observar.

—Hola.

—Hola —Claudia miró a su interlocutor sorprendida.

—¿Eres Claudia, verdad?

—Sí, tu cara me suena, pero no te ubico.

—Soy Jorge, el dueño del bar de debajo de tu casa.

—Ah, es cierto, no te había reconocido —Claudia miró la bandeja de canapés que llevaba—. ¿Qué, degustando los manjares de la competencia?

—Pues sí, ya ves. ¿Has venido sola? ¿Y tu marido?

—No lo sé.

—Ya, yo me divorcié hace un año. Es duro.

–Mucho –dijo Claudia, encogiéndose de hombros.

–Oye, ¿te importa que me siente contigo? Has tenido mucha suerte encontrando sitio, esto normalmente está hasta los topes. Se ha puesto de moda.

–Es verdad. Además, se está rodeado de gente.

–Eso también. Yo vengo todos los viernes.

–¿Todos?

–Sí, me tomo algo, miro a la gente y me voy tan contento a casa.

–Vamos, lo mismo que estoy haciendo yo ahora.

–Más o menos.

–Si quieres podemos quedar el viernes que viene para hacer lo mismo; pero juntos, que disimula más –ambos rieron.

–Me parece una idea estupenda.

Al viernes siguiente quedaron en la puerta. Fueron tomando algo por todos los puestos, un poco de salmón ahumado, unas banderillas picantes, un poco de pulpo en salpicón...; todo aderezado por más de dos copas de vino y alguna que otra de cava.

Esa noche, Claudia no pensó en nada.

–Mira, ese es el puesto del frutero follonero –dijo Jorge.

–¿De quién? –preguntó Claudia riendo.

–El frutero follonero. Es como se conoce en el barrio a ese frutero. Como sabrás, antes esto era un mercado.

–Ah, y ahora ¿qué es?, ¿una pérgola?

–Entiéndeme, era un mercado más tradicional.

–Oye, que soy del barrio.

–Cierto. Bueno, el caso es que, como recordarás, poco a poco todos los puestos fueron cerrando, incluso se barajó la idea de derribarlo.

–Yo pensé que lo iban a hacer.

–Pero como el edificio tiene tanto valor histórico...

–Es que es tan bonito.

–Sigo...

–Perdona, sigue.

–El caso es que se pensó en restaurar y abrirlo como es ahora. Pero ese frutero no se quería ir,

dicen que le ofrecieron mucho dinero y que nada, erre que erre, llegó a estar él solo con los demás puestos cerrados a su alrededor.

–¿Al final qué pasó?

–Pues que como necesitaban que claudicara para hacer la reforma, aún mantiene su puesto de fruta, pero se ha quedado con el apodo.

–Qué historia más curiosa.

–De verdad que a veces me sorprende que vivas aquí al lado y sepas tan poco del viejo Madrid.

–Pero soy buena alumna y me dejo enseñar.

–Esa es una buena cualidad que habrá que explotar.

–¿Una copa de Pinot Noir?

–Veo que aprendes rápido.

Ambos rieron con ganas.

Varios viernes después ya eran habituales. Ahora siempre terminaban sus paseos bordeando el Mercado de San Miguel para poder mirar a través de las cristalerías que lo separaban del exterior, buscando algo nuevo que comprar cada día. El viernes se había convertido en su día predilecto de la semana. Aquellas cenas de picoteando un poco de esto y de aquello, saliendo medio borrachos por el efecto del vino, daban color a sus vidas. Observaron cómo había muchas otras personas que al igual que ellos empezaban a formar parte del decorado habitual de aquel lugar, casi tanto como las ostras y las copas vacías.

–Y pensar que querían hacer aquí un aparcamiento.

–¿Es broma?

–No, lo leí en un periódico gratuito.

–Yo no me fiaría mucho de esas noticias.

–Hombre, digo yo que no lo escribirían por escribir.

–Tienes razón, cualquier cosa; total, como estaba viejo y cerrado. ¿Te has fijado que se está llenando de turistas?

–Lo han debido poner en alguna guía de viajes.

–Es lo que tiene el centro.

–Tienen que alucinar cuando vean todo esto, sobre todo por las horas a las que estamos zampando.

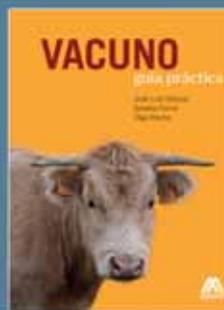
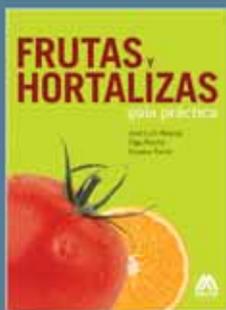
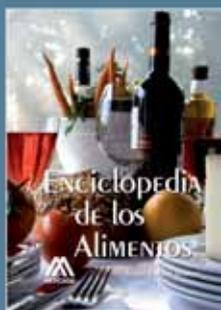
–Claudia
– ¿Sí?
–¿Qué haces mañana?
–Mañana es sábado.
–Lo sé, he pensado que podríamos dejar de observar a la gente y entremezclarnos con ellos.
–Si quieres, venimos también mañana y nos podemos entremezclar entre nosotros.
–Más o menos eso estaba pensando.
– ¿Tú o el vino?
–Dejémoslo en los dos.
–Vale, mañana entonces.
–Por cierto, ¿sabes que ha estado a punto de cerrar el mercado de la Plaza de los Mostenses?
–¿El de detrás de la Gran Vía?

–Justo.
–Qué pena, si lleva allí toda la vida.
–He leído que lo han recuperado los emigrantes, ahora venden comidas de todo el mundo.
–Suenan bien, ¿vamos mañana?
–Sí, pero luego nos tomamos algo aquí.
–De acuerdo, pero sólo si volvemos atravesando la Plaza Mayor.
–Me parece perfecto.

Ilustración: Pablo Moncloa



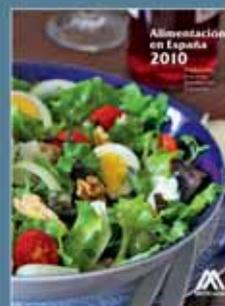
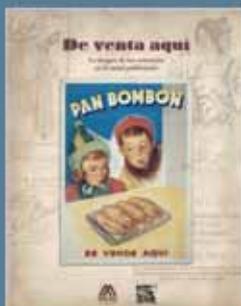
El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado de San Miguel, Madrid.**



Publicaciones
y estudios

Mercasa

al servicio de la cadena alimentaria



www.mercasa.es